



Retrato familiar en el estudio de Javier Reyes, ca. 1950. Colección Javier Reyes Acuña y herederos.



Grupo de gracioseras descendiendo el Risco de Famara, tras vender pescado en los pueblos del norte de Lanzarote, ca. 1960. Colección Javier Reyes Acuña y herederos.



Pareja durante un baile en Máguez. Colección Javier Reyes Acuña y herederos.

Javier Reyes o la inesperada calidad de la fotografía rural

Con 95 años, el fotógrafo de Haría protagoniza en la Casa Amarilla la primera exposición que abarca toda su obra, 17.000 negativos ya digitalizados por el Cabildo

MARIO FERRER PEÑATE

Comencemos puntualizando varios aspectos importantes para quienes quieran ver la exposición *“La mirada artesana de Javier Reyes. La fotografía rural en Lanzarote y La Graciosa”*, que recientemente se abrió en la Casa Amarilla. Para empezar, aclaremos que no estamos ante una meritoria colección de imágenes de mero valor etnográfico local, sino ante algo de mayor magnitud. No obstante, hay que advertir a quienes busquen los fastos que suelen rodear las exposiciones de fotografía contemporánea, que no hablamos de un glamuroso autor de postín o de un cosmopolita fotógrafo de viajes, sino de un jubilado de 95 años que ha vivido toda su vida en el norte de Lanzarote y que dejó de sa-

car fotos en 1972, porque encontró trabajo en la banca, tras alternar la fotografía con otras profesiones durante décadas en la dura posguerra española. Igualmente, debemos tener presente que Javier Reyes fue autodidacta y que nunca sobresalió por su virtuosismo técnico. Casi lo contrario, en su colección pululan desenfoques y encuadres muy poco académicos para la época, aunque hoy, y ya adelantamos uno de sus puntos fuertes, muchos de esos detalles nos resultan muy expresivos y frescos.

Tampoco debemos olvidar que Reyes ejerció de fotógrafo en un periodo de penurias, con muchas limitaciones tecnológicas que afectaron a su trabajo y que trató de solventar con remedios artesanales. Y, sobre todo, es importante recordar que

Reyes nunca se ha considerado un artista. Lejos de elucubraciones estéticas, el fotógrafo lanzaroteño siempre ha manifestado que lo máximo que quería era “hacer buenas fotos para los clientes”, modestos campesinos, marineros o artesanos de los pueblos de Lanzarote y La Graciosa.

Después de esta introducción, la pregunta es obvia: ¿Por qué merece la pena ir a ver la colección de un modesto fotógrafo buscavidas de pueblo que se retiró hace medio siglo? Las respuestas son contundentes a su favor, sustentadas por el potencial mismo de la fotografía. Son sus imágenes las que mejor justifican la relevancia de la colección de Javier Reyes, pero aquí expondremos sobre todo argumentos mediante el uso de la palabra.

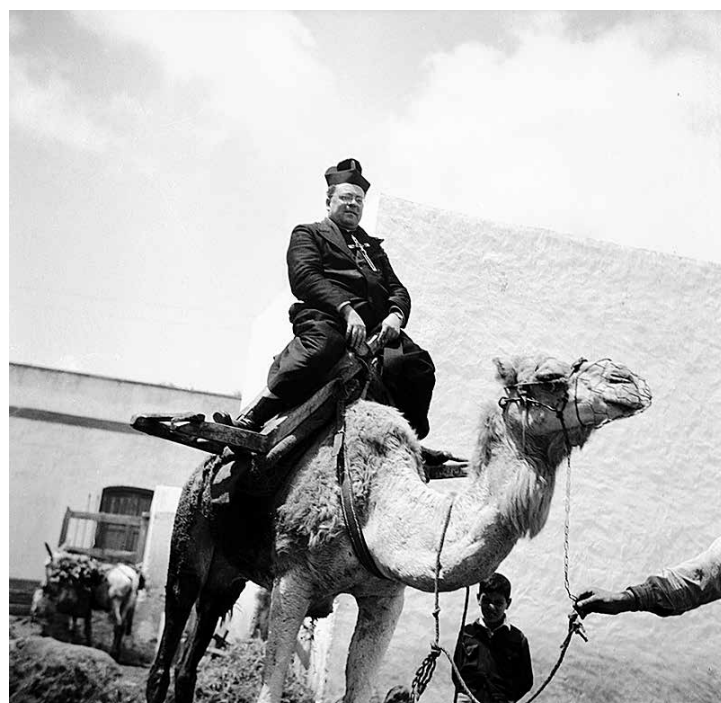
Sus fotografías destacan por la inusual franqueza y empatía que transmiten

Reyes fue un cazador de lo que Cartier-Bresson llamaba “instantes decisivos”

Para ver la exposición de Javier Reyes hay que quitarse ciertos estereotipos y observar la fotografía como lo que es, un fenómeno muy amplio y contemporáneo que abarca desde el arte más experimental hasta la comunicación social cotidiana, sin olvidar sus valores históricos y patrimoniales. La fotografía tiene muchas caras. En el caso de Reyes, su potencial se desarrolla a través de la variante documental, en la asombrosa veracidad y humanidad que reflejan sus imágenes. Son fotografías que rezuman autenticidad hasta en sus errores formales: fueros de foco, imágenes con bruscos cortes de personas retratadas u horizontes torcidos abundan en sus negativos. Pistas que inciden en la falta de atención a la ortodoxia de su autor, pero que conviven con



Jóvenes jugando en las salinas de Punta Mujeres, ca. 1950. Colección Javier Reyes Acuña y herederos.



Monje franciscano montado en un camello en el pueblo de Yé. Colección Javier Reyes Acuña y herederos.

una capacidad innata para capturar momentos gloriosos de la vida, independientemente de la técnica más formalista.

La falta de voluntad artística de Reyes no es impedimento para que su obra explote una estética del realismo y de la espontaneidad muy fotográfica, con imágenes sencillas, pero potentes y directas. Decía el pintor, escultor y grabador Edgar Degas, que “el arte no es lo que tú ves, sino lo que haces ver a los demás”. En este sentido, el fotógrafo de Haría fue un cazador superdotado de “instantes”, especialmente en bailes y fiestas, cuando la espontaneidad predomina más. Una amplia corriente de la fotografía ha buscado la manera de capturar lo efímero, de retratar la vida en todo su esplendor, explotando la capacidad de congelar tiempo y perfección en un instante eterno. Aquello que el fotógrafo Henri Cartier-Bresson consagró en el célebre concepto del ‘instante decisivo’. ¿Cómo logró Javier Reyes tan ansiado objetivo sin una preparación académica e intelectual enfocada en esa dirección? Parte de la respuesta a esta pregunta tan relevante reside en la capacidad natural de Reyes de mirar fotográficamente, pero también adivinamos otras pistas en el ‘contexto’ que logró crear este autor. Por un lado, Javier Reyes era un ser afable, fácil en el trato y fiable en su palabra (no es casualidad, en este sentido, que muchos de sus retratados aparezcan sonriendo y en actitudes de felicidad). Esos rasgos de la personalidad de Reyes ayudaron, aunque la clave principal está en su pertenencia al microcosmos que retrató. Eso le permitió lograr una complicidad inusual con los retratados, especialmente en una época donde el acto de tomar



Javier Reyes, en la inauguración de la exposición en la Casa Amarilla. Foto: Adriel Perdomo.

fotografías no estaba tan normalizado como ahora.

Gran parte del secreto de la inusual franqueza y empatía que desgranaban las fotografías de Javier Reyes, y especialmente en las tomadas en bailes y jornadas festivas, está en que nadie posa. No hay artificios ni posturas impostadas porque el fotógrafo había logrado integrarse por completo con el paisaje. Mujeres y hombres aparecen con una inaudita naturalidad porque no sentían que tenían que posar ante un fotógrafo desconocido o cuidar las formas ante un foráneo: simplemente era Javier, uno más de su misma comunidad. Esa mirada interna de Reyes no se basaba en el camuflaje intencional, sino en pertenecer al mundo retratado y en tener un instinto visual aventajado. El resultado de esta combinación de factores son retratos tan íntimos que al espectador le resulta muy difícil no emocionarse al verlos.

Aunque parezca contradictorio, la falta de una alta cultura

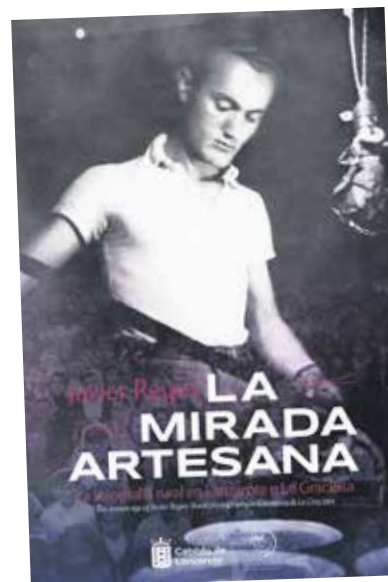
ra fotográfica previa no contrarrestó la forma de ver de Javier Reyes, todo lo contrario, le dio más libertad, personalidad y expresividad, especialmente en una época, la larga posguerra española, en la que el régimen franquista prohibió cualquier representación realista de lo que sucedía en el país. La fotografía española que triunfaba y tenía apoyo oficial a mediados del siglo XX era muy escapista. Se multiplicaron y se pusieron de moda “certámenes fotográficos” que premiaban visiones esteticistas vacías de contenido: imitaciones de la pintura, juegos de luces, teatralizaciones, recovecos técnicos y ficciones de escaso recorrido artístico. Al mismo tiempo, el franquismo explotó las perspectivas más folcloristas y turísticas. Sin olvidar tampoco todas las estructuras de censura que tenía la dictadura, lo que primaba en estos años eran estampas y postales que huían de la acuciante realidad que vivía el país y que fomentaban visio-

nes idealizadas de sus paisajes y de canto al pintoresquismo de sus gentes.

La obra de Javier Reyes ha ganado con el tiempo: su precisa radiografía de la vida cotidiana de amplios sectores de la población marginados de la fotografía oficial del franquismo destaca ahora por su originalidad y autenticidad. En este sentido, la población de Lanzarote y La Graciosa también debe olvidar determinados apriorismos para disfrutar completamente de su obra. Es importante recordar que nuestro protagonista dejó de tomar imágenes cuando el turismo comenzó a cambiar por completo Lanzarote y también la isla de

La Graciosa. Esa trascendental y radical transformación de las islas dejó huellas muy profundas en el imaginario de la población, polarizando su visión del pasado entre la idealización de ese legado desaparecido y el olvido voluntario a la pobreza pretérita. La obra de Reyes presenta una nueva oportunidad de acercarse a ese pasado olvidando controversias que limitan la visión, porque el “artesano de la mirada” de Haría radiografió todo ese mundo no desde el regodeo localista o la nostalgia, sino desde una mirada humana, abierta y viva, recordando la frase de Tolstoi: “Si quieres ser universal, habla de tu aldea”.

La colección de Javier Reyes es un preciso y emotivo retrato antropológico del mundo rural, lo que constituye un hermoso regalo no solo para el patrimonio cultural de Lanzarote y La Graciosa, sino también para la fotografía como lenguaje artístico y comunicativo universal.



Cartel de la exposición ‘La mirada artesana de Javier Reyes. La fotografía rural en Lanzarote y La Graciosa’.

La colección es un preciso y emotivo retrato antropológico del mundo rural